

ANTROPOLOGÍAS HECHAS EN URUGUAY

PABLO GATTI Y GREGORIO TABAKIAN

(EDITORES)



ASOCIACIÓN LATINOAMERICANA DE ANTROPOLOGÍA

Pablo Gatti y Gregorio Tabakian

Antropologías hechas en Uruguay

Pablo Gatti y Gregorio Tabakian (Editores);

1ra. Edición en español. Asociación Latinoamericana de Antropología, 2020

850 pp.; tablas.; gráficos; mapas.

ISBN:

978-9915-9333-2-0

Hecho el depósito legal que marca el Decreto 460 de 1995

Catalogación en la fuente – Asociación Latinoamericana de Antropología

© Asociación Latinoamericana de Antropología, 2020

© Pablo Gatti y Gregorio Tabakian (Editores), 2020

1era Edición, 2020

Asociación Latinoamericana de Antropología

Diseño de la Serie: Editorial Universidad del Cauca

Fotografía de portada: "Romería de Farruco" Uruguay - 2011 - 2012

Autor: Ignacio Expósito.

Diagramación: José Gregorio Vásquez C.

Diseño de carátula: José Gregorio Vásquez C.

Editor general de la Colección: Eduardo Restrepo

Copy Left: los contenidos de este libro pueden ser reproducidos en todo o en parte, siempre y cuando se cite la fuente y se haga con fines académicos y no comerciales.

Edición 2020.

Contenido

Introducción

- El devenir de la antropología en Uruguay 13
PABLO GATTI Y GREGORIO TABAKIAN

Conocimiento

- Sentidos de lo experimental en la etnografía contemporánea: 35
un debate epistemológico
EDUARDO ÁLVAREZ PEDROSIAN

- Ciencia-no-hecha y trabajadores del arroz en Uruguay 53
SANTIAGO ALZUGARAY

Profesiones

- Los antropólogos como sujetos del mundo del trabajo en Uruguay 79
BIANCA VIENNI BAPTISTA, LUCÍA ABBADIE GAGO Y PABLO GATTI BALLESTERO

- Imperativos de la profesión: la identidad como demanda 99
de profesionales de la agronomía
MARÍA EMILIA FIRPO Y GERARDO RIBERO

Ciudades

- Por el derecho de los vecinos a vivir en su barrio: 117
cooperativa de vivienda en Ciudad Vieja de Montevideo
EMILIA ABIN

As metodologías socioespaciais e a descentralizaçã do conhecimento. MAO- MON: cidades em perspectiva JOSÉ BASINI	135
De lo inhóspito al glamour: narrativas sobre las transformaciones de Punta del Este, Uruguay, en la mirada de los antiguos residentes GABRIELA CAMPODÓNICO Y MARICIANA ZORZI	159
De tripa: aproximaciones etnográficas a un viaje lisérgico MARÍA NOEL CURBELO OTEGUI	179
Las drogas y sus lugares simbólicos: una etnografía barrial LETICIA FOLGAR Y C. RADO	193
Cabo Polonio, Balizas y su entorno: historia de un paisaje natural y humano a proteger. MABEL MORENO	211
Punto de vista antropológico sobre temas de la ciudad SONNIA ROMERO GORSKI	245

Género, cuerpo y sexualidad

Maternidades e intervención estatal en mujeres usuarias de pasta base: apuntes desde Uruguay LUISINA CASTELLI RODRÍGUEZ	263
Negociando lo social. Una aproximación etnográfica a los sentidos y las representaciones de la rehabilitación psicosocial en un centro de atención a personas con trastornos psiquiátricos FERNANDA GANDOLFI	281
Bocas que (no) gritan: cuerpo y violencia en la cárcel de mujeres SERRANA MESA	307
La visita carcelaria: género, pichis y ritos de paso en Uruguay NATALIA MONTEALEGRE ALEGRÍA	325
El conflicto mujer-embrión en debate parlamentario sobre el aborto SUSANA ROSTAGNOL	341

Marcas de identidad, atributos sociales deseables y fenotipos compartidos: un análisis a partir de la donación de gametos en Uruguay MARIANA VIERA CHERRO	351
--	-----

Políticas

¿Elitismo cultural, demagogia populista o tecnocracia aséptica? Sobre la legitimación en la determinación del patrimonio cultural local FERNANDO ACEVEDO CALAMET	373
--	-----

El “Nunca Más” uruguayo: política ritual hacia el pasado reciente en el gobierno del Frente Amplio ÁLVARO DE GIORGI	391
---	-----

El saber antropológico local y la geopolítica del conocimiento LYDIA DE SOUZA	429
--	-----

Políticas de seguridad, jóvenes y vecinos: las trampas de la participación RICARDO FRAIMAN Y MARCELO ROSSAL	435
--	-----

La globalización del fútbol durante la crisis de 1930: Uruguay y la primera Copa del Mundo STEFAN RINKE Y FLORENCIA FACCIO	449
--	-----

Etnicidades

¿Culinaria afrouruguaya? Saberes y sabores: entre la invisibilización y la codificación. VALENTINA BRENA	465
--	-----

De los recetarios al foodporn: exhibicionismo, fetichismo, placer vicario y otras aventuras gastronómicas en la era digital GUSTAVO LABORDE	489
---	-----

Cambio, identidad y crítica: el candombe en el movimiento de la Música Popular Uruguaya OLGA PICÚN	497
--	-----

Sociedad y ambiente

- La experimentación perceptual de la costa y el mar:
un estudio con surfistas, biólogos y pescadores artesanales. 521
LETICIA D' AMBROSIO
- La receta del patrimonio: tensiones entre patrimonialización
de la naturaleza y conocimiento ecológico en Uruguay 545
JUAN MARTIN DABEZIES
- Saberes y experiencias sobre la exposición a plaguicidas 563
entre mujeres que residen en contextos agrícolas en soriano, Uruguay
VICTORIA EVIA BERTULLO
- Trekking, rafting y kayak: deportistas/activistas, naturaleza 597
y práctica deportiva en contexto de conflicto socio ambiental
BETTY FRANCIA
- La semilla como símbolo de lucha y resistencia la red nacional 617
de semillas nativas y criollas
LETICIA POLIAK
- Estudio comparativo de plantas medicinales vinculadas 629
a tradiciones indígenas y europeas en Uruguay
GREGORIO TABAKIAN
- Los desafíos de la antropología para la comprensión 659
de los conflictos socio-ambientales en Sudamérica
JAVIER TAKS

Creencias

- El problema del cuerpo y de la relación cuerpo-mente: 675
etnografía de una escuela de budismo zen de montevideo, Uruguay
EDUARDO GÓMEZ HAEDO
- De la religión civil: identidad, representaciones y mito-praxis 701
en el Uruguay. Algunos aspectos teóricos
NICOLÁS L. GUIGOU
- El budismo Mahāyāna en diálogo con la deconstrucción 719
ELIANA LOTTI VIGNA

Religión y drogas: otra arista de la laicidad 743
 JUAN SCURO

Has vist la llum? Diàlogos contemporàneos con el mundo invisible 759
 en el Baix Empordà
 SIBILA VIGNA

Movilidad humana

Segundos hijos, casi ningún dekasegui, casi todos turistas: 779
 algunas dinámicas de movilidad entre los nikkeis del vale do São Francisco
 MARTIN FABREAU

Migraciones, subjetividades y contexto de investigación 797
 PILAR URIARTE

De Chiclayo a Montevideo: usos y prácticas de trabajadoras peruanas 811
 de/en la ciudad de Montevideo, Uruguay, 2000-2015
 MABEL ZEBALLOS VIDELA

Sobre los autores 837

Migraciones, subjetividades y contexto de investigación¹

PILAR URIARTE

La alteridad en el trabajo antropológico

Desde su origen, la antropología ha organizado su trabajo reflexionando sobre el concepto de alteridad. Ésta toma cuerpo en las diferencias reales y concretas que presenta el contacto con personas procedentes de otras clases sociales, culturas y religiones del planeta. La variedad de costumbres, formas de alimentación, cuidado de los niños, creencias y valores produce en todos nosotros un cuestionamiento en relación a las diferencias y semejanzas. Dentro de la tradición occidental de las ciencias sociales, de matriz universalista, la antropología se tornó la forma legitimada de pensar esas diferencias, a partir de una historia de tradiciones comunes a los diferentes contextos de producción del conocimiento. Dentro de la tradición de las ciencias sociales, la antropología, dedicada originariamente al estudio de las sociedades “primitivas” o “simples”, se enfrentaba con esa diversidad. Sobre finales de la década del sesenta, frente a los procesos de descolonización y la creciente urbanización de las poblaciones rurales, que dejaron a los antropólogos sin su objeto tradicional de investigación, el estudio antropológico de nuestras sociedades se tornó cada vez más legítimo.

Desde la perspectiva contemporánea, la antropología ya no se caracteriza por su objeto empírico, sino por realizar un tipo particular (aunque no exclusivo) de reflexión que utiliza el concepto de alteridad como herramienta analítica. Ésta no se desprende de forma natural de las diferencias evidentes, sino que se construye como la operación intelectual de tornar familiar aquello que parece extraño, al mismo tiempo en que se extraña, se toma distancia y se desnaturaliza lo familiar. Esos dos términos de la misma operación, que no pueden ser disociados, adquieren

1 Original tomado de: Uriarte Bálsamo, Pilar. 2011. Migraciones, subjetividades y contextos de investigación. *Revista Latinoamericana de Metodología de la Investigación Social*. 2 (1): 71-80.

connotaciones diferentes dependiendo de la posición del investigador en campo (Boivin *et al.* 1999).

Particularmente en lo que refiere a mi trayectoria como investigadora, en ocasiones anteriores había trabajado con el sistema de atención a niños y políticas públicas para familias (Uriarte y Fonseca 2009). Así, hasta el momento de comenzar la investigación de doctorado, en mi experiencia como antropóloga los esfuerzos se habían concentrado en el segundo término de la ecuación, extrañar y desnaturalizar lo familiar. Esto cambió radicalmente al comenzar a trabajar con inmigrantes africanos en América Latina, y posteriormente, al realizar trabajo de campo en África Occidental. Esta experiencia representó por primera vez una forma de otredad extrema, en que las diferencias se impusieron ante mí, no como una reflexión o una construcción teórica, sino como una realidad de difícil comprensión. Si elementos como género, edad, color y clase condicionan el tipo de relación establecida entre el investigador y sus interlocutores en cualquier contexto, estos nunca se habían presentado ante mí con tanta fuerza como en este caso.

Movilidad en diferentes contextos

Uno de los primeros desafíos reflexivos que la investigación me propuso fue pensar comparativamente las formas de movilidad entre mis informantes y yo. El primero de los locales donde realicé mi etnografía fue Venezuela, vendrían después Uruguay y Argentina y, en medio de eso, la posibilidad real, aunque distante, de hacer trabajo de campo en el lugar de partida de esos sujetos, en algún lugar de África Occidental.

Realizar este tipo de investigación está muy lejos de ser simple. En este caso, más que una estrategia metodológica predefinida, el plan de trabajo se desarrolló de forma paulatina, combinando recursos institucionales y personales y ampliando los horizontes gradualmente. Sin embargo, si desde dentro de una universidad del sur esas dificultades están muy presentes, desde fuera, la perspectiva es completamente diferente. A pesar de que en el medio académico las fuentes de financiación son inciertas y la movilidad limitada por plazos; en comparación con la experiencia de mis interlocutores esas condiciones parecían como un ideal. En el primer contacto con ellos, la posibilidad de desplazamientos múltiples, inscrita en mi trayectoria profesional y personal, desempeñó un papel importante. Por un lado, permitía cierto grado de identificación, en la medida en que estaba pasando por un proceso de desplazamiento similar al de ellos. Esa trayectoria también me permitía distanciarme fácilmente de los lugares donde estaba investigando y así obtener discursos más críticos en relación a la sociedad de acogida, que no era directamente la mía o, siendo, yo ya había tomado distancia de ella.

Esa percepción de mis interlocutores: que yo contaría con condiciones ideales para realizar mis planes de movilidad, se multiplicó por mil al realizar trabajo de campo en África. Allí, introdujo dificultades en el relacionamiento con mis informantes, en la medida en que aquellos que querían migrar (y eran muchos) esperaban una ayuda de mi parte para concretar sus planes. Los pedidos variaban desde la obtención de informaciones de todo tipo, algunas que yo manejaba y otras no (entre éstas se pueden mencionar los requisitos necesarios para hacer una visa de ingreso a los Estados Unidos, en México, o el valor de los pasajes de avión entre España y Brasil) hasta auxilio con documentación, como cartas a la embajada uruguaya o brasileña, referencias y números telefónicos de contacto para completar formularios y ayudas económicas para la compra de pasajes o el pago de tasas de obtención de la documentación.

Así, mi relativa libertad de movimientos que encontraba justificativa en la realización de mi investigación, contrastaba de forma directa con la experiencia de mis interlocutores y sus trayectos migratorios que yo quería conocer. De forma constante, mis vivencias y desplazamientos eran observados por mis informantes a través de reclamos de ayuda, amistad y atención permanente. Esas situaciones dejaban de manifiesto las desigualdades intrínsecas del sistema mundial y la forma cómo los flujos de población se mueven en condiciones muy diferentes. Eran precisamente esas las diferencias que yo estaba proponiendo analizar desde la perspectiva de mundialización y globalización de los proyectos de vida; considerando la multiplicidad de proyectos de modernidad incluidos en las experiencias migratorias de estos jóvenes. Sin embargo, resultó mucho más difícil identificar esos temas, cuando eran encarnados en mi persona.

Negociando identidades

Trabajar con migrantes africanos en América Latina significa trabajar con jóvenes mayoritariamente de sexo masculino con un fenotipo negro muy oscuro. Eso que en sí mismo no representa ninguna sorpresa acabó mostrándose de diferentes formas y en situaciones de investigación con una intensidad mucho mayor de la esperada. Al ingresar en campo pensaba los conceptos de raza y color como una realidad concreta que debería abordar en la investigación. Datos a ser analizados en campo, en la medida en que fueran colocados como relevantes para los propios sujetos entrevistados. Sin embargo, como género, edad, color y raza representaban variables indisociables para ellos, también lo serían para mí. Sólo después de varias situaciones desconcertantes pude entender hasta dónde esas características estaban implicadas en mi relación con las personas que participaron de la investigación. En la primera fase del trabajo de campo en América Latina, dos características se presentaron como las más determinantes para definir mi

posición como investigadora: el hecho de ser mujer y blanca. Junto con ellas, otros elementos de mi vida personal comenzaron a aparecer como significativos.

Por muy marcada que estuviera por el género, la raza, la casta o el privilegio de clase, la etnografía necesitaba trascender tales ubicaciones a fin de articular un entendimiento más profundo, cultural. Esta articulación se basaba en técnicas potentes, incluyendo por lo menos las siguientes: co-residencia extensa; observación sistemática y registro de datos; interlocución efectiva en, por lo menos una lengua local; una mezcla específica de alianza, complicidad, amistad, respeto, coerción y tolerancia irónica que conduce al “rapport”; una atención hermenéutica a estructuras y significados profundos o implícitos (Clifford 1999: 94).

En muchos casos, las situaciones que disparan la reflexión metodológica son aquellas que nos colocan en mayor incomodo en relación a nuestros informantes. A veces los problemas provienen de la propia fluidez con que esa relación se desarrolla y que lleva a opacar las fronteras entre el vínculo generado por la investigación y la amistad. Otras, en función de las expectativas que la realización de la investigación genera, sobredimensionando sus características y las consecuencias que ella tendrá en las condiciones de vida concretas de sus participantes, incluyendo posibles réditos económicos. En todas las situaciones, cuando los mal entendidos se produjeron por falta o por exceso de empatía entre “investigadores” e “investigados” las formas en que cada uno ponía en escena sus roles de género, clase y las ideas vinculadas a estos estuvieron incluidas.

Nos estábamos despidiendo de una conversación bastante dura con James, que se negaba a hablar sobre su experiencia sin que antes definiéramos exactamente cuál era el provecho que obtendríamos de su relato, y cuál sería su parte en todo eso. Con una imagen bastante sobredimensionada de lo que significaría nuestro trabajo resultaba difícil llegar a un acuerdo. Él quería saber lo que teníamos para ofrecer más allá de nuestras buenas intenciones. Nuestro punto de partida y de llegada en esa discusión era: “no tenemos presupuesto, ni para nosotros ni para ustedes”. Después de una larga discusión, mitad en la calle, mitad en la pensión de Sebastián, y agotados los argumentos de las dos partes, James decidió relajarse y cambiar de tema. Entonces continuamos conversando durante un rato, sin hablar del período de la balsa o del barco (partes que componían la historia que nos quería vender). James desarrolló una larga conversación en relación a su vida en Togo y Venezuela, después de haber hablado mal de las mujeres en general, las venezolanas en particular, y la poca resistencia de los hombres de ese país, la conversación se distendió completamente. Cuando casi nos estábamos yendo e intercambiábamos contactos James pidió mi número de celular. Yo no tenía y él pareció muy

sorprendido: “Pero, ¿cómo? ¡Tú sos muy bonita para no tener celular!”
(Diario de campo, Caracas, mayo de 2005).

James no era ni de cerca uno de nuestros informantes “preferidos”. Siendo uno de los más viejos del grupo, y uno de los más rudos, representaba valores contrarios a los dominantes en el grupo y a las ideas que en ese momento guiaban el trabajo de campo. Al salir de Togo y Costa de Marfil, no huía de persecuciones políticas, como la mayoría del grupo, sino que procuraba mejores oportunidades laborales. A diferencia del resto de nuestros entrevistados, él no tenía ninguna dificultad para hablar de dinero y no ocultaba que intentaba sacar el mayor provecho de todas las situaciones. Su trabajo parecía estar en el límite difuso de la legalidad. Era encargado de un bar, y su dueño, además de estar involucrado en diferentes actividades irregulares, amenazó de muerte a otro de los integrantes del grupo. No es educado ni tímido como el resto, habla mal de las mujeres en general y particularmente de su actual novia. Reconoce haber dejado su mujer y una hija esperando por él en Togo y, según nos explica, si tuviera la oportunidad de ir para Francia o Canadá, dejaría aquí su actual novia. Para él “las mujeres solamente traen problemas”. Así, James confronta toda una serie de valores que orientan la investigación y la percepción de los sujetos con que trabajamos. Pero, presentando concepciones de género contrapuestas a las nuestras, también nos confronta como personas.

Al referir al hecho de no poseer un celular James no solamente estaba aprovechando la oportunidad para galantear, sino que estaba subrayando algunos elementos asociados entre sí a través de los cuales me localizaba en su campo de significaciones. En ese contexto, “muy linda” englobaba una serie de características, como el hecho de ser blanca y extranjera y, sucesivamente, de un determinado nivel económico, para el cual era esperable que tuviera un buen celular. Así, dos elementos aparentemente inconexos, como la belleza y la propiedad de un celular, se conectaban en una frase que quería decir mucho más que sus dos términos. Tanto en ese caso, en que yo era confrontada de forma irónica sobre mi lugar en la investigación, otras muchas veces, éste fue traído a la conversación por mis interlocutores.

Pero si las representaciones asociadas a los papeles de género y raza tuvieron que ser negociadas de diferentes formas para cada situación de campo, mi papel como investigadora trabajando con jóvenes africanos también fue cuestionado por las personas de mi entorno, amigos y fundamentalmente familiares. Durante toda mi formación, los temas de investigación nunca produjeron tantas reacciones como éste. Es probable que eso tenga relación con la difusión que las migraciones en general y los casos trabajados tuvieron en la prensa y en la opinión pública. En Uruguay, un país donde la emigración se presenta como un problema social, la llegada de estos jóvenes africanos en situaciones tan poco frecuentes provoca

la atención general. Pero mucho más que lo insólito de mi objeto de estudio, fueron las preocupaciones en relación a mi seguridad personal lo que era más frecuentemente mencionado. Esas referencias me recordaban cuánto la figura de estos hombres, jóvenes y negros, y mi proximidad a ellos era inquietante para las personas de mi entorno. Más de una vez, las vinculaciones entre género, edad y raza aparecían claras, en la medida en que hacían de mis informantes, personas potencialmente peligrosas.

Recortando el objeto a partir del campo

Al trabajar con migrantes africanos en América del Sur o con organizaciones vinculadas a ellos, polizones, refugiados, comerciantes, estudiantes, todos ellos pueden ser considerados como un “grupo”. Mirando desde fuera pueden ser claramente asimilados a una categoría “africanos”. Desde dentro, diferentes mecanismos de identificación y diferenciación nacionales, lingüísticas y regionales son utilizados de formas diversas. La inmersión en campo rápidamente deja entrever los matices entre las diferentes experiencias migratorias y las formas en que las identidades nacionales, étnicas y lingüísticas se estructuran en redes de amistad y comercio en la nueva sociedad. Estudiar migraciones africanas en sociedades latinoamericanas, significa estudiar situaciones de alto contraste, en que el lugar de origen representa un elemento de identidad y un diferencial en el tipo de integración social. La inserción de esas personas se realiza en contextos muy diversos y con diferentes capitales económicos, culturales y simbólicos, pero en todos los casos ellos atraviesan situaciones comunes. Entre esas dificultades podemos mencionar el racismo, encarnado en el color de la piel radicalmente oscura y en las representaciones fuertemente estigmatizadas del origen que refieren indiferenciadamente a “África” como territorio de las grandes miserias humanas.

La construcción de un objeto de estudio focalizado en las dinámicas migratorias sur-sur desde el local de destino requiere reflexiones metodológicas particulares que refieren fundamentalmente al peligro de esencializar los motivos y las formas en que esos flujos migratorios se producen. Es necesario tener en cuenta las diferencias de los diversos recorridos así como de las sociedades de destino. Pero esas diferencias no impiden la realización de un trabajo comparativo entre las sociedades de destino y entre las trayectorias migratorias. A partir del trabajo con comunidades de migrantes o con sujetos por separado, es posible construir un objeto de estudio con foco en los flujos migratorios provenientes de África Occidental y su integración en las sociedades latinoamericanas.

Esa situación cambia de forma radical cuando invertimos los contextos de investigación y pretendemos entender el fenómeno migratorio donde se gesta.

El universo de estudio, prácticamente auto-definido en el local de destino, se disuelve y desvanece cuando pretendemos identificarlo en el de partida. ¿Cómo definir a los posibles futuros migrantes que llegarán a América del Sur, cuando ese no es un destino exactamente planeado? ¿Cómo dar unidad a un conjunto diverso de personas en situaciones y momentos diferentes del proyecto migratorio: ¿emigrantes en preparación, migrantes retornados, proyectos migratorios llenos de entusiasmo, otros truncados o ahorcados frente a dificultades prácticas, económicas, burocráticas o debido a la deportación, narrativas de experiencias en el exterior, retornados con diferentes grados de éxito, proyectos de educación, de mejoras económicas y de búsqueda de aventuras? Y, por último: ¿Cómo dar sentido a una serie de experiencias personales vividas en campo “en África”, sin repetir los mismos lugares comunes de esencialismo y eurocentrismo, en que el objeto de investigación es creado en una operación casi mágica, por la presencia del investigador en campo?

La segunda etapa del trabajo de campo constituyó, hasta cierto punto, una forma de inversión del proceso migratorio. Esa inversión no sólo se dio en términos de la dirección del recorrido y de las condiciones en que el viaje fue realizado, sino también de sus objetivos. Si la travesía en barco realizada por los sujetos protagonistas de esta investigación representaba para ellos un camino a lo desconocido, el desplazamiento de la investigación a África intentaba ser una forma de reconocimiento del lugar de partida de los migrantes.

El viaje antropológico tiene usualmente un propósito claro y definido: a través de él se quiere conocer un determinado aspecto de la realidad sociocultural, una problemática, un sector poblacional, los habitantes de una región, un grupo social, una cultura o como se quiera decir (Krotz 1991).

A pesar de esto, no dejaba de ser un viaje a lo desconocido y a la aventura para mí. Al mismo tiempo en que intentaba comprender de forma más global el fenómeno estudiado, en la nueva situación de campo ese fenómeno se ampliaba, abarcando todos los ámbitos de mi presencia en el nuevo contexto. Mientras que los límites de un objeto parecían desdibujarse, la continuidad de un proyecto de investigación se configuraba a partir del encuentro con las familias y grupos de amigos de los jóvenes entrevistados en Uruguay. Intentaba de esta forma confrontar la dispersión de puntos de origen y situaciones de partida, por un lado, y la enormidad de la región y densidad de los fenómenos que se pretendía entender, por otro. El trabajo de campo fue planeado en dos etapas claramente definidas: la primera de adaptación y temas académicos, a transcurrir en Ghana, y la segunda propiamente de campo en Lagos en Nigeria, a partir de los contactos realizados previamente en Montevideo.

Paradójicamente, y a pesar de todos los cuidados metodológicos, el impacto que la llegada a África me provocó y las respuestas que el entorno daba a mi presencia mostró que no sería tan fácil sortear los problemas teóricos que se me presentaban en la práctica. Tampoco sería posible dividir las actividades de investigación de otros ámbitos cotidianos, rápidamente asociados por mis interlocutores en relación a las posibilidades migratorias que yo representaba como potencial amiga. La impresión más chocante del impacto inicial en mi llegada al campo fue la constatación de que mi presencia en el cotidiano de los otros, determinada por mi origen diferente, expresada en la diferencia radical de colores entre “ellos” y yo, creó de una forma casi instantánea la unidad de África, y un afuera, del cual yo provenía.

Salgo de casa para comprar cualquier cosa, generalmente agua o velas y todos los niños me gritan “Obruni, Obruni, where do you go!”²

Todos los niños significa todos, ninguno se queda callado, y son muchos... En la calle todos me miran como si fuera un extraterrestre, en los “tro-tro”³ también, todos me quedan mirando, en algunos casos toman a los niños y me señalan, explicando a los más chicos: “obruni”.

En la escuela, la mayoría de los niños está acostumbrada a ver personas blancas, ya que reciben voluntarios periódicamente, no tienen miedo y saltan encima mío, pidiéndome caramelos y regalos. Pero hay una niña chiquita que me llamó particularmente la atención. Lloro cada vez que me ve. Sus tres hermanas mayores, niñas muy despiertas y excelentes estudiantes la traen cerca mío para que se acostumbre, pero ella se resiste y llora más fuerte todavía. Los adultos al verla ríen sin parar. Yo le insisto a las hermanas en que no fuercen a la niña e intento formas de aproximación alternativa, pero ninguna de éstas funciona. (Diario de campo, Kumasi, mayo de 2007).

En los primeros momentos de la integración mi preocupación era entender los mecanismos por los cuales mi imagen generaba de forma inmediata la asimilación a una identidad y origen geográfico predefinidos, aunque difusos en la localización en el mapa, muy precisos en la valoración que los acompañaban y sistemáticamente asociados a la posibilidad de migrar.

En el patio central del hotel de Ejura, donde me estoy hospedando, hay una fiesta. La gente baila, come y bebe al son de la música. Mi cuarto queda al fondo y no hay forma de salir sin atravesar la fiesta.

2 “Blanca, blanca, ¿dónde vas?” Obruni quiere decir blanca en twi, idioma nacional de Ghana.

3 Camionetas que conforman el principal sistema de transporte público en Ghana.

Las personas bailando están muy entretenidas y no se preocupan por mí. Pero un señor que, como yo, está mirando la diversión de los otros, viene a bromear conmigo. Escondida atrás de sus piernas está su hija menor (como él me la presenta) que no debe tener más que seis años. Con orgullo me dice que es la última de siete hijos y dice ser muy próximo a ella. Yo intento hablar con la niña, pero, tal vez por estar frente al padre, ella no se ríe o me llama obruni, simplemente sonrío avergonzada. A pesar de querer mucho a su hija, o tal vez por esa misma razón, el señor me ofrece llevar a la niña conmigo “back home”. La niña se esconde todavía más y pregunto al señor si no va a extrañar a su hija menor. Seguramente, afirma él, pero de esa forma ella podrá tener una vida mejor, y, ya que yo fui tan educada con él y ahora somos amigos, él puede confiar en mí para entregarme a su hija.

Continuamos conversando un poco más sobre mi país y me disculpo diciendo que tengo cosas que hacer. Me voy pensando en el susto de la niña y en lo “incómodo” de la broma. A pesar de que no creo que él me fuera “a dar” a la niña si yo la pidiese, ese no es el tipo de bromas que en mi contexto familiar los padres utilizarían para subrayar el cariño que tienen por sus hijos. (Diario de campo, Ejura, setiembre de 2007).

Muchas otras veces me encontraría con personas que me pidieron que las llevara conmigo “back home”, sin siquiera saber cuál sería “mi hogar”, presupuesto como Europa o América del Norte. Aun descubriendo sorprendidas que no era ninguno de los dos, muchos me respondieron que cualquier otro lugar sería mejor que donde estaban. Las asociaciones geográficas y simbólicas me acompañarían durante toda mi permanencia en África, inscriptas en mi color de piel. Su persistencia solo fue percibida por mí en la medida en que el tiempo pasaba y el dominio que tenía de los recorridos urbanos, las situaciones cotidianas, el idioma y la etiqueta social iba mejorando. Pero, en la medida en que mi día a día iba siendo más rutinario y las personas de mi entorno se acostumbraban a mi presencia, integrándome también en su cotidiano, el encuentro con los desconocidos, para los cuales yo continuaba siendo obruni era más fuerte. Con el transcurrir del tiempo yo me iba acostumbrando a África, pero África nunca llegaba a acostumbrarse a mí. Continuaba siempre a ser otro blanco, lo que me definía a mí misma y a ellos como pertenecientes a dos mundos diferentes. Al trabajar con dinámicas migratorias desde el África en que yo estaba situada, me enfrentaba, desde una perspectiva particular, con un problema teórico central: el uso de las categorías generales, geográficas o políticas para definir unidades o categorías de análisis.

Retornando a lo “familiar”

Kejetia es el mayor mercado de África Occidental en la segunda mayor ciudad de Ghana: Kumasi, con más de dos millones de habitantes y capital del Reino Ashanti. El mercado es un laberinto gigante donde es posible comprar absolutamente todo. Ruedas de tractor, tinta para batik, pescado fresco o seco, patas de puerco, cabra u oveja; tejidos tradicionales para los días de funeral o de fiesta (lo que es prácticamente lo mismo), telas de uniforme o ropas occidentales, pañuelos, toallas, loza, zapatos nuevos o usados, pelotas de fútbol, espejos y ludos (estos dos últimos en el mismo puesto), ondas, sandalias, martillos, llaves, teléfonos celulares, baterías y linternas recargables, lámparas de queroseno, caramelos, galletitas por mayor o a granel, condimentos, harina, leche en polvo, azúcar y otros alimentos por peso. Muchas cosas que pueden servir y muchas otras que no tengo idea para qué son.

El mercado está en una región baja de la ciudad, y de lejos es posible ver los interminables techos de lata, que se parecen más a una villa que a un mercado. Todo alrededor hay estaciones de tro-tro, urbanos e interurbanos. Viniendo de Kropo (mi barrio, a diez minutos del centro) y no siendo domingo, es imposible llegar a la estación. Tres cuadras antes comienza un embotellamiento de tro-tros y taxis, que quedan parados en filas. Es mejor bajarse y caminar. También es imposible saber dónde empieza y termina el mercado. El nombre Kejetia, que es el nombre del mercado, también se utiliza para denominar a la región donde se encuentra. Existe un predio delimitado con rejas, no sé a qué hora abre, pero cierra a las seis. Todo alrededor del mercado, a lo largo de las vías del tren y por las avenidas, está lleno de tiendas, establecidas o ambulantes. En la avenida donde yo me bajo venden caramelos y otros comestibles empaquetados, a granel o en grandes cantidades. Al lado de la estación donde tomo el tro-tro para volver a casa venden ropas, sandalias y jabón. Hay un sector de bizcochos y mantecados, otro para artículos electrónicos y otro para la comida preparada, fou-fou, banku y kenke⁴, otro para farmacia y cosméticos, y uno para mochilas y valijas. Todo eso está afuera del mercado.

Pero lo que más me impresiona de Kejetia no es la diversidad de objetos, a pesar de que ésta sea impactante. Ni siquiera las cabezas de cabra o pescados goteando sangre en mi pie cuando camino... ni los millones de gorras de baño en un lugar donde el 99,99% de la población se baña con baldes. Lo que realmente me impresiona es el vértigo de los miles y miles de personas yendo y viniendo. Hombres y mujeres, jóvenes,

4 Comidas tradicionales de la región, en base a harina de maíz fermentada y mandioca.

niños y viejos, comprando, vendiendo, negociando y caminando a un ritmo infernal, cargando todo en la cabeza. Las personas caminan a una velocidad increíble, incluso cargando mucho peso; y la masa de gente me lleva y empuja a ese mismo ritmo. Cada vez que paro, trancando el tránsito, alguien me llama la atención diciendo “agó” (con permiso) y lo mejor es salir del camino, porque aunque uno no salga, ellos pasan. Más peligroso es cuando viene alguien de lejos, gritando “agó, agó”, porque están pasando con carritos de cuatro ruedas y plataforma de madera, muy rápidos y muy cargados. Esos carritos no tienen frenos y con el peso que llevan es muy difícil detenerlos. Cuando pasan, todo el mundo se va para los costados. Pero lo que más me da miedo es la posibilidad de chocar contra una de las mujeres, superfuertes y en general de mal humor, que cargan porotos, arroz u otras pequeñas cosas, granos o polvo en grandes potes en la cabeza. Ya vi que eso pasara... dos mujeres se chocaron y toda la mercadería cayó al piso. Las dos comenzaron a gritar y después a golpearse, si me pasara a mí, no tendría cómo defenderme. (Diario de campo, Kumasi, junio de 2007).

Llegando a África Occidental, un mundo que se presentaba muy confuso y de difícil comprensión al comienzo, acabó por parecerme tan “natural” que el retorno a casa y a las formas y concepciones anteriores de consumo, higiene, confort, entre otras cosas, precisó de un período de adaptación al retorno de mis “condiciones normales de vida”. Muchas de las referencias realizadas a las diferencias entre esos dos mundos hablan sobre color. Las diferencias físicas, sean entendidas como razas, colores o como marcadores de origen, han tenido históricamente un significado particular para las ciencias sociales, y la tuvieron también en mi experiencia de campo, tanto en África Occidental como en los diferentes locales de América Latina. Pero esa no fue ni de cerca la única o la más presente de las diferencias con que me deparé en campo.

En África Occidental, tanto en las actividades específicamente vinculadas a la investigación, como en aquellas vinculadas a la escuela primaria donde realicé trabajo voluntario como profesora de español durante dos meses, y fundamentalmente en el ámbito doméstico, momentos de ocio, celebraciones, problemas de salud, acceso a los bienes de consumo básicos: agua y productos de alimentación que yo entendía como básicos. Las formas y los procedimientos de higiene para mantenerse limpio y con una presencia aceptable en un local donde el acceso al agua es escaso, son muy diferentes de aquellos a los que estamos acostumbrados. Las ideas de higiene también lo son. El agua está limpia o sucia según parezca más o menos transparente en el balde. El hecho de que venga de la lluvia o de la canilla no significa una gran diferencia. La necesidad de presentarse en el local de trabajo, en casa de familia y también en la calle para hacer mandados, con ropas limpias y nuevas, zapatos sin barro y con el cabello

siempre prolijo fue una de las primeras cosas que aprendí con mis amigos y compañeros de trabajo. De la misma forma, el relacionamiento con la tecnología fue difícil. Mandar fotos o encontrar momentos para escribir en el cibercafé sin que las personas a mi alrededor vinieran a conversar conmigo o la energía eléctrica se mantuviese durante el tiempo en que demoraba en organizar mis ideas y escribirlas no siempre era un proceso fácil

Sin embargo, lo más difícil de relativizar es el concepto de privacidad. Todo el mundo me viene a visitar y se sienta en el sofá. Se quedan allí esperando algo que yo no sé qué es. Cada tanto tengo que echar a alguien para ir al baño o dormir, o simplemente hacer mis cosas. A veces hago que duermo y no abro la puerta. Los mismos conceptos de intimidad funcionan en el baño. Tenemos dos piezas, una para el water y otra para bañarse. La puerta del water se cierra con una tranca, la de bañarse queda recostada. Ninguna de las dos tiene luz y en la noche es preciso dejarlas entreabiertas para que entre luz del corredor, tienen ventanas para afuera, sin vidrio, una reja sostiene una madera que impide (casi) que se vea para adentro. (Diario de campo, Kumasi, junio de 2007).

La proximidad de las enfermedades, las dificultades económicas y técnicas para resolverlas, así como las diferentes formas de lidiar con la muerte y simbolizar los diferentes momentos de la vida en que ésta se produce, la construcción de formas de responsabilidad y participación en las tareas domésticas o laborales desde la infancia, así como las diversas formas de jerarquías sociales, basadas en criterios muy diferentes a los míos, fueron también elementos que provocaron un profundo extrañamiento de mis formas de vida hasta el momento. De vuelta a casa, el proceso de extrañar lo familiar continúa, ya que aquellas cosas que hasta entonces eran naturales se vuelven complicadas, completando la fórmula clásica de la antropología de familiarizar lo extraño y extrañar lo familiar.

Todo lo relacionado con las compras resulta difícilísimo. Ver los estantes de un supermercado repletos de alimentos produce una nauseabunda aversión o un estremecimiento de impotencia. [...] El agua corriente y la luz eléctrica me resultaban francamente increíbles. Pero al mismo tiempo desarrollé extrañas manías. Me molestaba tirar las botellas vacías y las bolsas de papel; con lo valiosas que eran en África... El mejor momento del día lo vivía al despertar sobresaltado y sentir el alivio de no encontrarme ya en África. Los cuadernos yacían desatendidos en el escritorio; sólo el tocarlos me daba una aversión que duró varios meses. (Barley 2005: 23).

Así como Barley, durante mucho tiempo yo también tuve dificultades para sentirme en casa nuevamente. No tenía pesadillas, pero me despertaba con la sensación

confusa de no saber dónde estaba. De forma recurrente soñaba que mi teléfono no funcionaba y que no podía comunicarme con las personas en África, ni con mis familiares y amigos en Uruguay y Brasil.

El trabajo de campo fuera de casa ha sido considerado por mucho tiempo como un rito de pasaje para los antropólogos, que aplican sus reflexiones disciplinares a su propio proceder. Según Clifford (1999), esa es una característica particular de la antropología, en la medida en que la comunidad antropológica define lo que significa hacer un trabajo de campo “exótico” como una actividad realizada lejos de casa. Pero la antropología también es definida por el antropólogo en la medida en que éste se define a sí mismo por el hecho de haber realizado su investigación en los moldes de esa definición de “trabajo de campo” con mayor o menor proximidad, en lo que se refiere a tiempo, distancia y fundamentalmente dificultades. Una de las ideas que manejé en mi trabajo es que la travesía transoceánica que los migrantes con que trabajé realizan es en varias dimensiones un rito de pasaje. El desplazamiento para la realización de mi investigación, en el sentido inverso al de ellos, también representó para mí un rito de pasaje, como antropóloga y como persona. Muchos antropólogos han reflexionado sobre las transformaciones que el sujeto experimenta después de un período intenso de extrañamiento, que tiene como justificativa el trabajo etnográfico pero que va mucho más allá, abordando esferas personales. De ese extrañamiento no se vuelve el mismo, porque muchas veces no se quiere volver.

Referencias citadas

- Barley, Nigel. 2005. *El antropólogo inocente*. Barcelona: Anagrama.
- Boivin, Mauricio, Ana Rosato y Victoria Arribas. 1999. “Introducción”. En: *Constructores de otredad. Una introducción a la antropología social y cultural*. Buenos Aires: Eudeba.
- Clifford, James. 1999. *Itinerarios Transculturales*. Barcelona: Gedisa.
- Krotz, Esteban. 1991. Viaje, trabajo de campo y conocimiento antropológico. *Alteridades*. 1 (1): 50-57.
- Uriarte, Pilar y Claudia Fonseca. 2009. “Paradoxos inherentes nos programas de atendimento para crianças em risco: o caso do Programa de Lares Substitutos”. En: *Políticas de proteção à infância. Um olhar antropológico*. Porto Alegre: UFRGS.